

Segmentos ibéricos: diferencias y distancias

Ugo Pipitone

Desde la España de la guerra civil y, tiempo después, desde la India, Octavio Paz afina la comprensión de México, su propio país. Síndrome del viajero: ver mejor a la distancia. Un interminable juego de reflejos, discordancias, insinuaciones, percepciones de avances y rezagos, mínimas diferencias que disuelven el aturdimiento de la vida cotidiana.

En este caso el viajero no es Octavio Paz sino un modesto investigador invitado a un simposio de historiadores y sociólogos en Vitoria-Gasteiz, capital del País Vasco, para discutir los procesos de modernización desde las tensiones y necesidades del presente. El investigador en cuestión aprovecha para reunirse, y seguir posteriormente el viaje, con su hija que estudia en Santiago de Compostela. Las ciudades visibles en la ruta de hija y padre serán Vitoria y Bilbao (País Vasco), Santiago (Galicia), Oporto, Lisboa y comarcas intermedias.

SALIR DEL D.F. PARA SUBIR A UN AVIÓN

El punto de partida es la ciudad de México y el intento finalmente exitoso de salir de ella en medio de un tráfico que convierte el camino al aeropuerto en un descomunal estacionamiento. Casi lo normal por ser un viernes por la tarde o, en realidad, cualquier otro día y hora: el tráfico como una variable errática cuya mayor regularidad es la tendencia a empeorar. Así, un trayecto de 20 minutos se convierte en uno de dos horas entre miles de autos como hormigas exasperadas en pasajes angostos.

En la ola de sucesivos fracasos rurales a lo largo de décadas, éste es el resultado: una ciudad que pasa de tres a 18 millones de habitantes entre 1950 y 2000 y donde circulan hoy cuatro millones y medio de automóviles. Una ciudad que ha crecido más deprisa que su capacidad para gobernar su propia creciente complejidad. Lo que sería suficientemente grave incluso sin el complemento del recién dimitido jefe de gobierno capitalino, que comienza su campaña en vista de las presidenciales de 2006, y que gobernó la ciudad en los últimos cuatro años y medio. Hombre de izquierda, según él (pero en las entrevistas de *Newsweek*, de centro), de cualquier manera un expriísta que, en vez de mejorar el transporte colectivo, construye *segundos pisos* urbanos para facilitar la multiplicación de autos particulares que ya no caben y son la fuente principal de la (escasa) calidad del aire en la que fue la *región más transparente*. En la fila del mostrador de Air France, historias de viajes urbanos de cuatro horas para llegar al aeropuerto. Miedos y relatos medievales en formato *moderno*.

VITORIA

El joven investigador encargado de recibir a los invitados externos al simposio no demora en pasar del usted al tú en el trayecto en automóvil de Bilbao a Vitoria. Mientras con orgullo controlado describe su ciudad, observo los edificios multifamiliares entre avenidas arboladas y negocios iluminados al anochecer. En edificios como esos ha de vivir la mayoría de la población de Vitoria (227 mil habitantes) y me asombraría descubrir aquí una grave polarización del ingreso. El tú viene de una realidad social integrada (tengo México en la cabeza y registro diferencias); un acto de confianza que se extiende al visitante.

Vitoria es la ciudad con la mejor calidad de vida de España, y el País Vasco es la región con el mayor ingreso per capita (24 mil euros en 2004). Cataluña produce tres veces más pero le falta una nariz para alcanzar el ingreso per capita vasco. El visitante procedente de México, D.F., registra a la gente en la calle. La tranquilidad en el deambular urbano, algo más fácil de entender cuando se pierde. Gente que camina sosegadamente, cafés y restaurantes abiertos hasta tarde, parejas y grupos de jóvenes y ancianos que forman conglomerados humanos que se hacen y deshacen en el paseo. He pasado de un continente a otro y, caminando por las

calles, me siento más seguro que en mi casa, en el D.F. Se percibe aquí una sociabilidad urbana que no sería posible sin libertad de circulación. Una libertad perdida en la ciudad de México, entre bandas criminales y una policía que decir poco confiable sería un eufemismo. Un derecho anulado: que la calle no sea sólo lugar para pasar sino también para quedarse. Circular por la noche en México, D.F., sería un acto consciente de eutanasia.

En Vitoria un obrero no especializado gana alrededor de 1,100 euros y un profesor universitario al final de su carrera cerca de cuatro veces más. No sé si esa proporción refleja el aporte diferenciado al bienestar colectivo de los dos grupos (aquí y en otras partes); lo que sé es que en México la amplitud del abanico ha de ser tres veces mayor. El índice de Gini —que mide la mayor o menor desigualdad en la distribución del ingreso— da un valor de 33 para España y de 54 para México y no es necesario explicar el significado de las cifras y la abismal distancia en la que México vive en comparación con España. Sin juicios políticos de por medio y como simple constatación: la España que sale del franquismo está más socialmente integrada que el México que sale de siete décadas de regímenes *revolucionarios*. A lo cual habría que añadir que, en los últimos veinte años, el PIB per capita ibérico crece a una tasa media anual superior al tres por ciento, mientras el mexicano se cansa alrededor del uno por ciento. Al margen: Vitoria-Alava es la única de las tres regiones del País Vasco que, durante la guerra civil, tomó bando por el franquismo.

Los parques públicos están bien cuidados. La ciudad es limpia y ordenada (algunos colegas afirman que demasiado), lo cual no evita que ella también cargue con los esperpentos arquitectónicos de comerciantes y banqueros exitosos que hace poco más (o menos) de un siglo imitaban el pasado barroco o neogótico de una aristocracia en proceso acelerado de consunción. Pero en las avenidas que debían ser transitadas por pocos pasean ahora los habitantes de Vitoria: quien lleva hijos y perros a tomar fresco en calles arboladas y libres de carros, quien busca una banca para leer el periódico y quien viene a mover las piernas y ver a los demás.

Paseando el domingo por la mañana en el centro: los cafés como confiterías bonarenses (o turinesas en los 60), los pocos clientes con sus periódicos dominicales desplegados sobres las mesas de madera oscura, bocadillos apetitosos y un café no excelso. En la adyacente plaza del municipio hay un mercado de cosas viejas (discos, revistas, herramienta agrícola y demás), entre gente que se detiene y pide

informaciones, gente que negocia el precio y visitantes curiosos. En el frontispicio del palacio municipal, una manta con la escrita: *ETA ez*, ETA no. No hay nada en esta plaza que no produzca en el visitante, por tan apresurado y atolondrado que esté, un sentido de comunidad o, por lo menos, de simpatía.

En una banca del parque central de Vitoria, al lado del Parlamento vasco, en la noche apenas rota por las farolas, un grupo de ancianos discute animadamente. Los invitados al simposio del Instituto Valentín de Foronda (una docena), que regresan cada noche al hotel después de cenar, los rebasan cambiando miradas. Nosotros tampoco somos, en media, unos pimpollos. Se camina lentamente entre calles y senderos del parque intercambiando ocurrencias: la marcha se detiene con frecuencia, después se reanuda entre explosiones de risa: necesario surrealismo felliniano de la existencia. Cuadro *normal* de vida urbana que asombra al de feño y le recuerda lo que no tiene, lo que se le ha sustraído, lo que se ha dejado sustraer. Un experimentar placeres mínimos de la existencia fuera de casa propia.

BILBAO

Si Vitoria es el centro político, Bilbao (352 mil habitantes) es el tradicional corazón industrial del País Vasco. Y aquí el último cuarto de siglo no ha sido fácil mientras se descubría la súbita no viabilidad de industrias (astilleros y siderurgia) que constituían la principal fuente de bienestar de la ciudad. Repitiendo la historia de muchos, Bilbao ha experimentado crisis industriales sucesivas asociadas a nueva competencia, aceleración tecnológica, cambios en las líneas de la demanda e inéditos requerimientos ambientales. Y con varias empresas se han volatilizado empleos, proyectos de vida y se ha instaurado una nueva incertidumbre generacional. Modernidad, dicen algunos con aire de resignación filosófica.

Aquí, desde fines del siglo XIX, la industrialización española da sus primeros pasos y aquí se fundarán el partido comunista y el partido socialista. Cuando hace 25 años se decidió la capital de la nueva autonomía vasca, Vitoria pareció más tranquilizadamente conservadora que la turbulenta Bilbao, aunque la última tuviera más historia moderna en sus huesos y, naturalmente, más conflictos. La ciudad es más *vieja* que Vitoria, por la mayor amplitud del centro antiguo (sin embargo, cargado de vida y comercios) y por un aire de vetustez en los edificios no remo-

zados de inicios del siglo pasado, que necesitan quitarse de encima las manchas industriales de un ciclo histórico agotado.

En uno de esos lugares de decadencia industrial, en las riberas de la ría del Nervión, Frank Gehry, el arquitecto contemporáneo más sensible a las tensiones dinámicas entre elementos arquitectónicos asimétricos, ha construido su Guggenheim: naves de titanio que surcan olas de titanio. Cosa que no llena de orgullo a varios bilbaínos que exigían más respeto para su memoria. Pero, ¿qué *nuevo* sería aquél que no levantara resistencias? El Guggenheim de Nueva York, diseñado por otro Frank, Lloyd Wright, cinco décadas antes, tampoco recibió elogios unánimes. Sin embargo, esa escultura urbana da la impresión de una magnificencia demasiado buscada; una construcción que podría estar ahí como en (casi) cualquier otra parte. Tal vez una demasiado arrogante afirmación del derecho de lo nuevo o, tal vez, ese futurista resplandor plateado del titanio.

SANTIAGO DE COMPOSTELA

El aeropuerto de Bilbao es blanco, moderno, luminoso, de ambientes gigantescos y bóvedas de grandes alas. De Bilbao a Santiago es hora y media y la inevitable(?) incomodidad aérea resulta casi un lujo comparada con nueve horas de tren. Que, sin embargo, hacen posible apreciar paisajes hermosos que, desde ocho mil metros de altura, se esfuman. Llegamos a Galicia a los pocos días de la derrota de Manuel Fraga, después de 18 años de gobierno suyo y del PP. Mismo personaje (antiguo franquista y amigo de Fidel Castro) que en un ejemplar ejercicio de elegancia democrática asigna multiplicidad de contratos públicos antes de dejar el cargo.

El ingreso per capita de la Galicia a la que acabamos de llegar es uno de los más bajos de España (15 mil euros: el doble de México). Y sin embargo, el Santiago gallego es una joya antigua que ha sabido darse una personalidad sustentable entre restaurantes y cafés con mesas en plazas y calles y una floreciente economía de comercios y servicios (*Internet points* y demás) alrededor de peregrinos y laicos visitantes. En las tortuosas calles de la baja Edad Media sobreviven trazos y ritmos antiguos y, sin embargo, lo moderno no estorba sino que aviva viejas piedras incorporándolas a la vida cotidiana. Una observación gastronómica al vuelo: como en el país vasco, aquí también se come gloriosa y abundantemente entre merluzas, cho-

rizos, jamones y pequeños pimientos verdes cocidos a la brasa y con sal gruesa. Ni Vitoria ni Bilbao son (todavía) importantes metas turísticas, Santiago (92 mil habitantes) lo es y se escuchan muchos idiomas en sus calles, entretejidos con esa hibridación de español y portugués que es el gallego.

Para combatir contra los moros se fundó hace un milenio la orden de Santiago. Al grito de Santiago, apóstol y patrón de España, los hombres de Cortés lanzaban sus caballos contra indígenas que, inicialmente, no sabían dónde terminaba el caballo y dónde comenzaba el jinete. Desde hace un milenio, la ciudad es meta de incontables peregrinos venidos a venerar el improbable sepulcro del santo. Sin embargo, no se siente aquí una presencia estorbosa de la fe; son pocos los curas en la calle. Es una ciudad universitaria, un centro de atracción de jóvenes europeos que, además de los cursos, estudian con detenimiento las guías turísticas antes de decidir dónde pasar su año Erasmus y perfeccionarse en un nuevo idioma. Y son ellos, los jóvenes, la presencia mayor en el centro antiguo. Sospecho que la ciudad vieja se duerme mucho más tarde que la ciudad moderna que la rodea. Como muestra está Alice, quien, después de llevarme a cenar y acostarme alrededor de la medianoche, sale con sus amigos.

En Santiago, como antes en Vitoria y en Bilbao, me asaltan a ratos impresiones de un futuro deseable desde estos lugares: servicios, turismo, investigación científica, preservación del ambiente y de los contextos culturales. Valorización del territorio, dicen los expertos. Ahí deberían concentrarse las mayores fuentes de empleo. Gran parte de las manufacturas necesitan abandonar el viejo continente (y China está ahí para recordarlo). Poco a poco, afortunada y retardadamente, sólo serán tolerables las manufacturas ambientalmente limpias y no son muchas, por el momento. ¿Cómo reaccionar a eso sin nuevos saltos en adelante en el conocimiento científico, en servicios especializados, en la valorización de culturas y formas de vida, en la experimentación de nuevas fuentes energéticas, nuevas formas de transporte, etcétera? Vistas las cosas desde el País Vasco y desde Galicia, ese futuro se me hace menos improbable que desde otras partes del mundo. Y no intentaré una explicación que sería ciertamente larga y, probablemente, confusa.

El turismo es una clave de desarrollo destinada a aumentar su peso relativo y alentar un mayor respeto local al pasado (lo que sea respetable en él) como una forma para atraer visitantes y generar empleos. Un modo de sacar lo mejor de sí

mismos y resistirse, sin el estorbo de las pasiones ideológicas, a la macdonaldización del mundo. Diversidad no es sólo patrimonio heredado, es también diferencia de proyectos en la tensión vital de sus contagios recíprocos. Biodiversidad cultural, para decirlo de alguna manera. Incluso en la Galicia que, con Andalucía, está por debajo del ingreso medio español, tengo la impresión de que, más que el ulterior incremento del ingreso, la preservación y mejora de formas de bienestar deberían guiar la preocupación de sociedad y gobernantes. No siempre un dólar o un euro más de ingreso suponen un incremento proporcional en el bienestar.

CRUZANDO FRONTERAS

Entre Galicia y el norte de Portugal el escenario es dominado por la variedad de tonos de verdes entre bosques de coníferas y pequeños viñedos entrelazados con maíz, huertas y ríos caudalosos que llegan al mar. Ahogados en el verdegal, esporádicos conjuntos de casas blancas con techos de tejas. Y otra vez se cruzan los tiempos: ¿es esto el pasado o el futuro? Frente a los monocultivos industriales que consumen cantidades exóticas de fertilizantes y plaguicidas (que envenenan ríos y atmósfera mientras contraen la biodiversidad), esa agricultura encarna formas de vida, necesidades y ritmos diversos. Pero, ¿sería posible esa clase de agricultura sin los subsidios europeos (cerca de mil 800 euros anuales en media para las 260 mil familias productoras portuguesas), o sin el aporte de hijos, padres y madres que trabajan en los servicios o en las industrias cercanas o sin un aumento del precio para alimentos de calidad? Apuntemos al margen (para recordar que el mundo no está hecho sólo de modelos “buenos” o “malos” sino también de transiciones complejas y equilibrios inestables) que la agricultura portuguesa es crónicamente deficitaria en su comercio exterior de granos, leche, azúcar, carnes y uva, excluyendo el vino. Nomás faltaría eso para que Ricardo regresara de la tumba a recordar el imperio *natural* de sus ventajas comparativas.

Cruzar la frontera sin verla es toda una lección de historia que se cumple en una carretera donde en alguna parte debe aparecer el nombre de Portugal. El tiempo de garitas, inspecciones, control de pasaportes parece haberse volatilizado. Pero, de regreso, me entero que Francia suspendió los acuerdos de Schengen. El atentado de Londres ocurrió poco antes y el terrorismo cumple su tarea: obligar a

la víctima (real o potencial) a sacar lo peor de sí. En un momento de desorientación colectiva, la sociedad francesa votó el 29 de mayo el primer no a la constitución europea y ahora, desde su gobierno, añade un error a otro: suspender Schengen. O sea, lo peor siempre a la mano.

Aquella libre circulación transfronteriza que enorgullece al viajero, aquella frontera invisible entre España y Portugal por el norte gallego, de pronto adquiere en la mente una fragilidad inesperada: ¿anuncio de futuros similares en otras partes del mundo o última resistencia frente al nacionalismo USA que alienta todos los otros? Evidentemente, no hay adquisiciones adquiridas para siempre.

OPORTO

En una campaña que parece permitir una vida decente a los dos lados de la frontera, es hasta llegar a la desembocadura del Duero, en Oporto (263 mil habitantes), que resulta evidente la no pequeña distancia que persiste entre España y Portugal. Volvamos a la brutalidad de los números. El PIB per capita español fue de 23 mil euros en 2004; el portugués, 18 mil y con una distribución del ingreso ligeramente peor que la española (un índice de Gini de 36 contra 33). Puedo estar equivocado pero tengo la impresión de que las distancias entre España y Portugal son mayores de lo que indican los datos. Y es en el espacio urbano donde las diferencias son más marcadas. Un clima de vitalidad de una parte que aquí no encuentro o que tal vez requiera sensores más agudos que los míos para percibir. Siento un aire que no sé si es de decadencia congelada o de inicial reactivación. Percibo un desaliento secular (que podría ser una creación literaria) que no sé describir ni desentrañar. Los viejos edificios cubiertos de una costra plomiza y tiendas que parecen dirigirse a un consumo todavía poco diferenciado. La crisis económica de los últimos cinco años obviamente no ayuda.

La dueña de la pensión en que nos hospedamos nos alerta sobre robos en la calle y nos describe una situación de pequeños hurtos a transeúntes. Percibo toda la diferencia con la violencia de la ciudad de México, donde el robo ha dejado de ser sólo un acto de apropiación indebida para convertirse en un momento de descarga de ira. La excepción que se vuelve regla.


LISBOA

Entre la desembocadura del Tajo y el gran marjal que se forma antes que el río desemboque en el Atlántico está la ciudad. El Bósforo es aquí el mar de Palha y el Egeo, el Atlántico. Lisboa como Estambul. El castillo de San Jorge preside desde lo alto el lugar donde el mar interno se estrecha para permitir finalmente al Tajo desembocar en el océano.

La ciudad (565 mil almas) conserva un aire imperial en monumentos y viejos edificios neogóticos y neoclásicos (en gran parte posteriores al gran terremoto de 1755) que expresan razones de orgullo que ya debían de ser viejas cuando muchos de ellos estaban aún en construcción. Una decadencia secular (salpicada de testimonios arquitectónicos que pretenden negarla) de la que el visitante no sabe si las que ve son las últimas expresiones o una inercia antigua que se conserva incorporando algunos signos del presente, mientras se oculta a sí misma.

El barrio viejo reaviva recuerdos de la pobreza posbélica que apenas dejaba de serlo en algunas zonas del centro de Turín a comienzos de los 60 o por ahí. Entre Alfama, el *Castelo* y la pendiente opuesta hacia plaza Figueira, el otro antiguo barrio es un tortuoso universo de calles escarpadas cruzadas por tranvías amarillos, caminos estrechos y empedrados que irregularmente se abren a la vista del Mar de Palha o de alguna plazoleta arbolada entre tiendas anticuarias, fonduchas, negocios turísticos que venden cerámica de Coimbra, cafés con mesas al aire libre en algún recodo horizontal en el laberinto de calles empinadas. Un universo cultural de niñeces y adolescencias, en casas de dos o tres pisos con rellanos y escaleras que forman comunidades de comadres y tíos adquiridos, apenas está comenzando a convertir su deterioro en otra cosa que no termina de tomar forma. Se tiene como la impresión de trabajos en curso temporáneamente suspendidos. De cualquier manera, una memoria que persiste bajo el aliento del turismo. Alfama, en especial, necesita bienestar para renovarse y necesita conservarse para crear nuevos empleos. Una cuadratura no fácil e inevitablemente ligada a inteligencias colectivas y acciones individuales que casi nunca pueden programarse.

Desde la noche lisboeta pienso en México. Y no puedo dejar de cavilar que *apenas* le faltarían, razonando con moderado optimismo, veinte o veinticinco años para alcanzar el actual PIB per capita de Portugal y tal vez (con mucha más suerte)

su distribución del ingreso. Pero no sé si México tendrá la fuerza para convertirse en una generación (como los números indican que es posible) en el Portugal de América del Norte. Uno de los fados del concierto apenas terminado dice: *Tengo el alma cansada de no saber hacer locuras*. Y pienso en lo que puede significar no saber hacer locuras en un país cuya última *locura* costó un millón de muertos y la posterior persistencia por siete décadas del régimen *revolucionario* del PRI. No saber hacer locuras como un adaptarse colectivo a un presente sin alientos, a un estado en ruinas y a una clase política circense, incapaz y parlanchina. Desde hace décadas en México la política se ha vuelto una forma de alejar lo posible. Lo que requiere veinte años podría requerir cuarenta o no ocurrir nunca. Pero, de ocurrir, podría ser otro México. Tan cerca y tan lejos... 

60 años del fin de la
Guerra del Pacífico:
*Koizumi y sus reflexiones sobre el pasado,
el presente y el futuro*

Isami Romero Hoshino

Por desear fervientemente la autopreservación del Imperio y la estabilidad de Asia Oriental, me vi obligado a declarar la guerra a los Estados Unidos y a Inglaterra, sin que mi intención fuera quebrantar la soberanía de otros pueblos ni invadir su territorio

Emperador Showa (Hirohito)

15 de agosto de 1945¹

El 15 de agosto de 2005, en una sobria ceremonia, fueron rememorados en Japón los 60 años del fin de la Guerra del Pacífico (1941-1945). En este acto, de supuesta solemnidad, el primer ministro Junichiro Koizumi manifestó, en un discurso público a la comunidad internacional, que su país no volvería a recurrir jamás al recurso de la guerra. Asimismo, ofreció disculpas a todas las víctimas de la expansión colonialista, la cual arrebató la vida a tres millones de japoneses y a otros millones más de asiáticos.

De esta manera, al hacer esta reflexión sobre el pasado, Koizumi volvió a reafirmar la prédica de arrepentimiento, inaugurada en 1995 por el líder socialista y ex primer ministro Tomiichi Murayama (1994-1996), la cual ha dominado el discurso oficial de los últimos años. Pero el *premier* japonés no sólo se limitó a recapitular los “errores” del pasado, también propuso los objetivos que se impondrá la diplomacia japonesa en el futuro.

¹ “Declaración del Emperador de terminación de Guerra”, Michitoshi Takabatake, Lothar Knauth, Michiko Tanaka, comp., *Política y pensamiento político en Japón 1926-1982*, México, El Colegio de México, 1987, p.184.

Dentro de éstos podemos destacar tres. Primero, el *premier* japonés resaltó la posición pacifista que ha asumido su país durante los últimos 60 años y aclaró que Japón se comprometerá a trabajar con la comunidad internacional en la búsqueda de la paz. En otras palabras, Japón trasmutará su posición sumisa dentro del sistema internacional hacia una postura más protagónica y “responsable”. Una clara tendencia de esto ha sido el cabildeo que ha iniciado Japón, junto con Brasil, India y Alemania, para lograr un asiento permanente dentro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

El segundo objetivo, manifestado por el primer ministro, fue que en los años venideros el gobierno japonés buscará un acercamiento cordial con sus vecinos, fundado en el reconocimiento expreso de los “errores” del pasado como un mecanismo que conduzca hacia mejores lazos de cooperación. Es decir, sostuvo que Japón será uno de los pilares de la Comunidad del Este de Asia, propuesta que ha tomado fuerza en los últimos años con el desarrollo de mejores canales de colaboración con China, la República de Corea y la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia.

Finalmente, el tercer punto que Koizumi destacó fue el papel que tendrá Japón en la lucha contra la pobreza. El líder japonés sostuvo que, al ser Japón uno de los principales promotores del desarrollo, Tokio se aventurará a trabajar en la búsqueda de la prosperidad de la humanidad. Dicho en otras palabras, Japón se comprometerá a la erradicación de la desigualdad económica en el mundo, principalmente en los países de Medio Oriente y África, tarea que no han cumplido satisfactoriamente Europa y Estados Unidos.

Ahora bien, ¿qué podemos pensar del discurso proclamado por Koizumi? Desde una óptica personal, estimo que el *premier* japonés prefirió en su alocución dejar a un lado la reflexión del pasado para concentrarse en la formulación de los objetivos de un futuro demasiado ambicioso. En este sentido, no es nada extraño que las reacciones de los gobiernos chino y sudcoreano frente al arrepentimiento japonés proclamados por Koizumi hayan sido sumamente frías.

Esta situación no es una novedad. Es de sobra conocido que este país asiático, a diferencia de Alemania –país que ha mostrado un “verdadero” arrepentimiento con el pueblo judío–, ha mantenido una actitud ambivalente en el reconocimiento de sus “errores” del pasado, especialmente en China y la península

coreana. Un ejemplo que resalta son las recurrentes propuestas del Ministerio de Educación y Ciencia de borrar de los libros de texto de historia las acciones cometidas dentro del pasado militar japonés.

Hay que reconocer, empero, que no toda la responsabilidad de esta “amnesia” ha sido culpa de Japón. La historia de la posguerra en Asia-Pacífico muestra que esta desafortunada situación fue producto de un contexto regional que impidió a Japón reconciliarse con sus vecinos, tal como ocurrió en Europa occidental;² de la lucha que emprendió Estados Unidos en contra del comunismo, que aisló a Japón de China, y de una educación anti japonesa instituida por los gobiernos coreanos y chinos que ha exacerbado la historia de la presencia japonesa, como ha ocurrido en México con la visión de los españoles y la conquista.

Todo lo anterior indica que, desde una perspectiva del pasado como del futuro, la conmemoración de los 60 años del fin de la Segunda Guerra Mundial no trajo una verdadera reflexión por parte de la élite japonesa. Se trata de un refrendo de la amnesia sobre los hechos del pasado con la proyección de un futuro de la historia como un cuento de hadas.

Sin embargo, sería prudente acotar un elemento más de reflexión: ¿qué sentido revistió el discurso desde una perspectiva del presente? En este rubro estimo que la proclamación de Koizumi fue una replica a aquellas voces de preocupación que han advertido la gran posibilidad de un rearme japonés de manera irresponsable. Fue también una respuesta a aquellas naciones, y en especial a China, que consideran inapropiado que Japón tenga un asiento permanente en el Consejo de Seguridad.

En este sentido, la pregunta que debemos hacernos ahora es si el discurso de Koizumi resulta coherente con lo que está pasando en el presente. Desgraciadamente, creo, la alocución del *premier* neoconservador fue el disfraz de un discurso que contradice plenamente la política exterior de su administración a partir de su llegada al poder en abril de 2001.

² Para una mayor comprensión de las diferencias entre Alemania y Japón véase Thomas Berger, *Cultures of Antimilitarism. National Security in Germany and Japan*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1998 y Laura Hein y Mark Selden, ed., *Censoring History: Citizenship and Memory in Japan, Germany, and the United States*, Armonk, M. E. Sharpe, 2000.

Hay que recordar que Koizumi ha dado muestras de una frenética inclinación hacia las posiciones de George W. Bush. Aunado a lo anterior, ha sido el primer gobernante de la posguerra en despachar las Fuerzas de Auto-Seguridad hacia un país en estado de guerra como Irak, sin reparar que con esta decisión pone en entredicho la posición pacifista de Japón. Así, no es de extrañar que las fuerzas de izquierda hayan considerado que el primer ministro ha convertido a Japón en un apéndice más de Estados Unidos, echando por la borda 60 años de pacifismo japonés.

De igual manera, la supuesta reconciliación que pregona Koizumi en su discurso se contradice con sus constantes visitas al Mausoleo de Yasukuni, lugar donde reposan los restos de los soldados caídos en las guerras de expansión japonesa y de los jefes militares enjuiciados como criminales de guerra. Por tanto, es difícil pensar que haya efectuado una genuina reflexión sobre los “errores” del pasado porque con sus acciones ha inhibido la cooperación en el Asia-Pacífico y empeorado las relaciones con sus vecinos. Un ejemplo claro fueron las numerosas actitudes anti japonesas acontecidas en China a lo largo de la Copa Asiática de Fútbol en junio de 2005 y que terminaron, en julio, en manifestaciones –organizadas en su mayoría por el gobierno de Pekín– que dejaron cuantiosos destrozos en tiendas y consulados japoneses.

Finalmente, es evidente que la alusión del líder japonés a la ayuda al subdesarrollo es sólo una estrategia de cabildeo para que Japón pueda obtener un asiento en el Consejo de Seguridad, propuesta que necesita los votos de la mayoría de los países en desarrollo. En este sentido, no queda muy claro si Japón tiene en realidad una verdadera estrategia de largo plazo para el combate contra la pobreza.

En suma, podemos decir que el discurso del 15 de agosto de 2005 fue una alocución carente de una reflexión sobre el pasado, poco creíble por las acciones realizadas en el presente y, por consiguiente, una fantasía hacia el futuro.

Como reflexión final podemos decir que todo indica que la memoria histórica de los países de Asia-Pacífico sigue obstaculizando un mejor entendimiento entre las naciones de la región. Si bien ésta es una situación desafortunada, permite acotar que ésta no es ajena a nuestra historia y realidad como muchos piensan. Hay que recordar que en México seguimos atrapados en una historiografía oficial muy similar a la que han desarrollado los chinos y los coreanos. Del mismo modo, al

igual que Japón, España tampoco ha formulado un auténtico discurso de arrepentimiento para con México y probablemente la mayoría de su población también padezca una amnesia muy similar a la que priva en ese país asiático. Ahora bien, lo más desconcertante es, sin duda, que si nosotros en casi quinientos años no hemos podido superar el trauma de la conquista española, es difícil pensar que en 60 años los chinos y los coreanos puedan resarcirse de las heridas infringidas por el expansionismo japonés. Éste es tema de otro ensayo, cuyas coincidencias invitan a la reflexión en el futuro. ❧